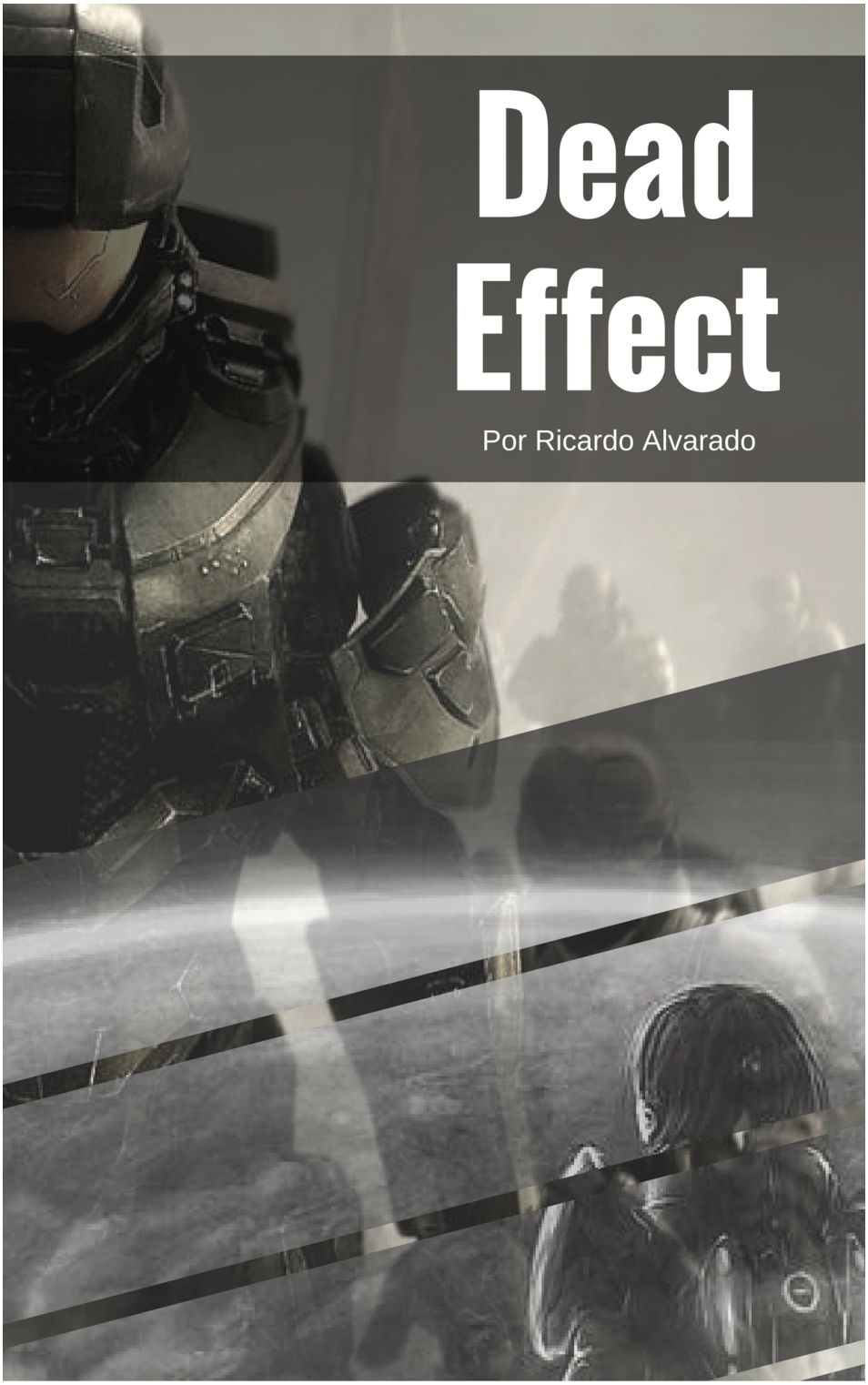
Deadeffect

Ricardo Alvarado



Capítulo 1

Esa mañana comenzaba como cualquier mañana, sin embargo no lo era, entré al baño a asearme aunque mi cabeza permanecía en otro lado, hoy es el primer día de clases en la Academia de Entrenamientos Especiales después de haber egresado con honores de la preparatoria especial. Saqué un poco de higienizante de un balde, era un polvo celeste parecido al detergente aunque con un propósito similar, pero hecho para humanos, por lo que mi madre me ha dicho, en los distritos centrales existe algo llamado agua, jamás la he visto. Mientras frotaba mi cuerpo con el polvillo por primera vez me di cuenta de lo lastimado que estaba, numerosas cicatrices habían dejado surcos profundos y otros no tanto en mi piel, después de todo cada entrenamiento y combate era real, tan real como la vida misma, dentro de lo que las circunstancias educacionales lo permitían sin comprometer la vida de los estudiantes, sin embargo debo decir que algunos de mis compañeros habían muerto en los ejercicios, esto no era tan extraño, después de todo no estábamos jugando a la guerra, nos estábamos preparando para ir a ella. En ese instante llegué a la parte difícil de la limpieza, el cabello, el que había diseñado este polvillo no pensó en la limpieza del pelo, pero como siempre mi madre me había enseñado que si ponía un poco de higienizante en el peine y lo usaba de forma habitual no solo limpiaba mi cabello sino que también lo peinaba; con una toalla me limpié lo que quedaba en mi cuerpo y devolví el polvo usado a la cubeta, dependiendo de la marca del higienizante se garantizaba hasta tres o cuatro usos antes de que perdiera su poder de limpieza.

Me vestí con cierto grado de calma, era temprano, muy temprano, mi habitación era sencilla y dudo que en este distrito hubiera una mejor, mi cama era un viejo catre de campaña, una cómoda tan vieja que parecía que se iba a desarmar en cualquier minuto, aunque claro, no tenía mucho que guardar en ella, para terminar un espejo roto colgaba de la pared, casi como si fuera un recordatorio de la pobreza en la que vivían los del distrito doce. La habitación de mi madre no estaba mucho mejor equipada y nuestro apartamento no poseía grandes bienes ni comodidades.

-¡Rino, a desayunar!- la voz dulce de mi madre me llegó entre la cortina que separaba mi habitación del pasillo que conectaba todas las habitaciones, me senté a la mesa hambriento, aunque no esperaba que mi hambre quedara satisfecha con el desayuno, la comida en los distritos como el mío consistía en una papilla grumosa y grisácea de aspecto repugnante, misma que los científicos de la capital afirmaban poseía todos los minerales y proteínas que un ser humano necesitaba para satisfacer el consumo diario necesario, ¿su sabor? Era difícil definirlo, algo dulce, un

dulce tan ligero que parecía producto de la imaginación.

-Mira lo que tengo- mi madre sacó un panecillo de entre su ropa –lo guardé para ti ya que hoy es tu primer día de Academia-

-Dios santo mamá, no era necesario, esto debió costarte mucho dinero- sus ojos se llenaron de lágrimas aunque su sonrisa permaneció intacta a pesar de que una sombra gris la empañó en lo profundo –lo, lo siento madre, no debí decir eso- mi madre aún es muy joven y hermosa, sólo tiene treinta y tres años, se casó a los dieciséis con mi padre, aunque no contaba con que él fallecería tan pronto, él murió cuando yo tenía dos años, no había duda de que se vería mil veces mejor si no fuera por las largas jornadas de trabajo y las noches de desvelo, esta vida hostil le había arrebatado mucho de su belleza de antaño, si no hubiera decidido cuidarme y seguir adelante habría podido casarse nuevamente y vivir fácilmente en los distritos centrales, pero aquí estaba luchando cada día a mi lado.

-No te preocupes por eso Rino, tu sigue adelante, eso hubiera querido tu padre- su mano suave acarició mi cabello –me voy, no quiero perder el bus a la fábrica- me giré para verla salir –Nos vemos en la noche- le dije –Adiós Rino, suerte-

Comí mi papilla con cierta tristeza y guardé mi panecillo en el bolso. Este distrito y el de junto son los últimos habitados, los recintos habitacionales estaban construidos en bloques de manera de acomodar la mayor cantidad de gente en el menor espacio posible. Cuando bajé los pisos para ir a mi primer día de clases estaba Mana esperándome en la parada del bus, por supuesto que no pasaría bus alguno, los buses sólo pasaban para recoger a los trabajadores de las fábricas y un convoy especial para recoger a los alumnos de la Academia de los distritos centrales, para los estudiantes como nosotros sólo quedaba caminar. La Academia no era para pobres como nosotros, pero como nuestros padres habían estado en la Caída de Grildor, el Gobierno central había decidido darnos una beca a mí y a los hijos de los demás soldados que fueron al frente en esa batalla, batalla en la que este país dejó de llamarse Kartas y pasó a llamarse administración número veinte, derrotados y sometidos por la Unión de Estados no quedó más que aceptar sus reglas, a pesar de que permitieron cierto nivel de autodeterminación político-administrativa.

-Buenos días Mana- nuestras miradas se cruzaron, sus ojos marrones y su cabello castaño brillaban relucientes en una extraña forma, casi anti natura –Buenos días Rino, pareces de buen ánimo hoy- Mana era una chica a legre, nuestras madres eran amigas desde siempre, y nosotros también, no recordaba algún momento importante en que no hubiera estado ella